

ARTE Y LETRAS

Tomo II. Núm. 10.

++

Director: Pelayo Vizuete.

++

10 Marzo 1901.



ELCHE (Alicante).

Biblioteca Nacional de España

COBARDIA

(Escena de la vida real).

—¡Serenooo...! ¡Serenooo...!

—Va, señorito...

—¿Has abierto la puerta esta noche á la joven del tercero?

—No, señor.

—¿Sabes quién te digo?

—Sí, señor, sí; la señora que viste de negro y que creo es su novia de usted. No sé por qué leía en la cara del sereno que me engañaba; cesé en mi interrogatorio, le di los consabidos diez céntimos y subí la escalera de la casa hasta llegar al tercero. Tiré del cordón de la campanilla, sonó ésta, y aquel sonido repercutió en mi corazón de un modo tal, que me dió miedo. ¿Serían presentimientos?

Me abrió la puerta la vieja criada, que, sin haberme hecho daño jamás, su presencia me ponía trémulo y nervioso.

—¿Y Julia?—le pregunté al entrar.

—Acostada. ¿Dónde quiere usted que esté?—me contestó.

El ambiente que aquella noche se respiraba en la habitación no era como el de todos los días, debía estar más cargado, porque á mí me costaba más trabajo respirar. Llegué hasta la puerta de la alcoba, la abrí, entré, y la alegría que en otras ocasiones había sentido al hacerlo, en aquélla convirtiéndose en tristeza. ¡Todo me causaba horror! ¡Qué bonita estaba! Aparecía ante mi vista como si durmiera el sueño de los justos; su cara, que quería pertenecer á un alma pura, dada la placidez de su semblante, descansaba sobre una almohada mugrienta y negra, más negra que la pena que me daba á mí verla en aquel lecho.

A los pies de la cama, y en confuso montón, se veía una falda vieja, un corsé más viejo todavía y una manta que pendía hasta el suelo, dejando ver por el extremo un trozo de sábana tan sucio como la almohada.

Empezaba á amanecer; un frío intenso se apoderaba de mí, y consideré que aquel cuerpo, por mí tan querido, debía sentir los mismos efectos que yo. Por temor á despertarle, me acerqué muy despacito hasta donde dormía y la tapé con el mímó y el cuidado que una madre tapa á su hijo cuando éste se desarropa. Estuve contemplando largo rato aquella cara que parecía sonreír y pertenecer á un sér que no había hecho mal en su vida. No pudiendo estar más tiempo sin hablarla, la llamé.

—¿Qué quieres?—me contestó entreabriendo sus ojillos, que dejaron ver dos ojos pupilas más negras que el azabache.

—¿Qué quieres que quiera? Verte.

Su cabeza, cuajada de *confetti*, lo mismo que el suelo, me hizo sospechar que había estado en el baile.



—¿Has salido?—la pregunté.

—Sí—me contestó con cierta ironía.

—Y... ¿dónde has estado?

—En el baile del *Frontón* con un hombre.

La palabra hombre me hizo tan mal efecto, que si con una mirada la hubiera podido abrasar, lo hubiera hecho, aunque luego yo mismo me tuviera que haber saltado los ojos para hacerles pagar el crimen. ¡La quería tanto!

Dudé un momento sobre lo que debía de hacer: si aplastarla, dejando caer mi pesada mano sobre aquel rostro que tanto me complacía en venerar, ó correr un velo sobre lo que habíamos hablado. Pudo en mí más el amor propio, y herido por aquella confesión, prorrumpí en una serie de denuesos que la pluma se niega á transcribir. Un poco más calmado, hube de interrogarla preguntándola qué causas la habían obligado á quebrantar el juramento que repetidas veces me había hecho de no dejarme por otro, ni por nadie, y la perjuración, no encontrando palabras con qué contestarme, me volvió la espalda, haciendo un mohín de desagrado, y arrojándose tanto, que apenas se le veía la cabeza.

—Pero di, ¿ya no me quieres?

—No...

—¿Por qué?—la interrogué extrañado de aquella variación tan repentina. No me cabía duda, la maldita vieja había vendido el cariño de aquella mujer por unas miserables pesetas.

—Porque ya tengo otro á quien querer—me contestó.

Y esto lo decía con tranquilidad tan pasmosa, que hubo momentos en que creí fuera broma todo aquello que estaba oyendo; pero no, en su cara se revelaba la maldad á medida que me iba despreciando y al mismo tiempo mi corazón parecía sentirse molesto dentro del pecho, pues su tendencia era á salirse de él.

Cuando no la miraba, me daban intenciones de extrangularla; pero luego que clavaba sus ojos en los míos, aunque veía en ellos que me engañaban, parecía que á la vez me pedían perdón.

¡Quién pudiera saber cuando le van á uno á olvidar para poderlo hacer antes!

—¡Quiéreme por Dios! ¡No me desprecies!—la dije.

Y ella me contestó sacando una mano por entre el embozo y señalando á la puerta:

—Vete y déjame dormir, que tengo sueño.

—Quiéreme tanto como debo aborrecerte—la repliqué con voz suplicante.

—¿Aborrecerme tú á mí?—dijo volviendo la cabeza para mirarme.

—Sí, debía; pero no puedo.

—Puedes hacerlo; no harás más que lo que hago yo contigo.

Quise acercarme para cogerle la mano con que me había señalado la puerta, é incorporándose en el lecho, con los modales más groseros, exclamó con voz colérica y con la furia de la hiena que se ve hostigada.

—Como te acerques á mí llamo para que te echen de mi cuarto.

—De nuestro cuarto querrás decir, porque hasta ahora lo vengo yo pagando.

—Fué tuyo hasta ayer; de hoy en adelante pertenece á otro.

Julia abusaba de mi debilidad.

Veía yo huir el cariño que por mí había sentido con la velocidad del pensamiento y luchaba para atraerlo, cosa muy difícil en aquella mujer, que, ó no tenía corazón, ó si lo tenía estaba muerto para el cariño.

Con la alegría de la persona que persigue un fin y lo consigue, se presentó la maldita vieja á decirme:

—¿No está usted convencido de que no le quiere después de lo que le ha dicho?

La miré con desprecio, y cogiéndola de un brazo la arrojé de la habitación, con tanta fuerza que á poco se cae al suelo. No tuve valor para hacer con ella lo que merecía. Me sentía cobarde.

En tanto que esto ocurría, Julia se había bajado de la cama; se vistió con cua-

tro trapos que colgados de un clavo había detrás de la puerta, y llegando hasta mí quiso arrojarme de la alcoba á la fuerza. Por temor á lastimarla no opuse resistencia, y salí tan apesadumbrado como alegre había salido otras veces. Buscaba frases para aplacar su cólera y poderla convencer; imposible: mis exhortaciones eran para ella ofensas; mis palabras, á pesar de ser muy cariñosas, parecían que la injuriaban.

Así y todo, ¡qué bonita estaba!

Dándome empujones, sin escuchar nada de lo que la decía, me llevó hasta la puerta de la escalera, y, señalando para ésta me dijo, como quien echa un perro á la calle:—Vete y no vuelvas más por esta casa.

Mi cobardía era cada vez mayor; no me atrevía á pegarla, porque siempre he creído que al convencer á una persona á golpes no queda convencida y si amedrentada; que querer á quien se tiene miedo es imposible, y yo en ella buscaba que me quisiera, no que me tuviera miedo.

Salí á la calle sin saber lo que me ocurría; la gente me miraba y parecía que se reían de mí; cuanto más me acordaba de lo ocurrido, más vergüenza me daba de mí mismo.

Traté de volver á la casa; pero ¿para qué?; no me hubieran abierto al saber que era yo.

¿Por qué no la maté cuando dijo *con un hombre?* Y ¿por qué no prendí fuego á la casa para quemar tanta maldad como en ella se encerraba?

¡Ya era tarde! ¡Me encontraba en la calle!

Alfonso Cristelly.



A. MESEQUER.—Las leñadoras.

GIBRALTAR Y ALGECIRAS

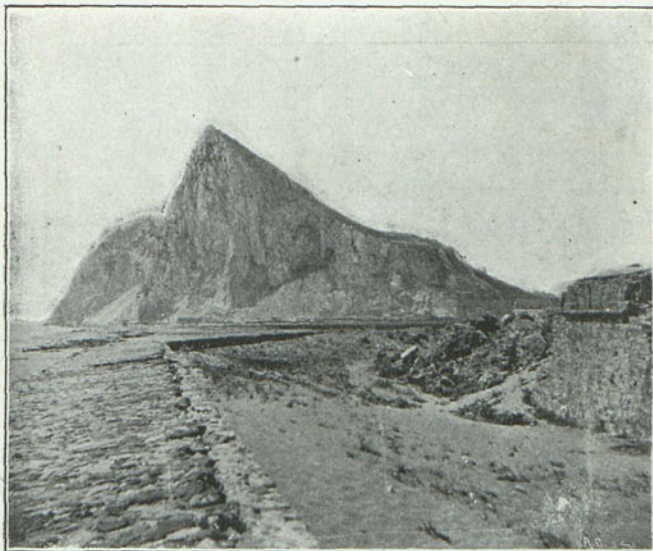
Ahora que la Comisión presidida por Mr. Bowles presentará al Parlamento inglés su estudio sobre la cuestión de Gibraltar, de que hace algún tiempo se ocupó la prensa diaria, nos parece de oportunidad insertar curiosas fotografías del célebre Peñón, el castillo del Morro, la estación principal de señales y el conocido *Hacho*, además de una del río de la *Miel*, de Algeciras, donde actualmente se están llevando á cabo las obras de canalización por la Compañía del ferrocarril de Bobadilla á Algeciras.

Los comisionados ingleses piensan que si su nación posee un centinela en la entrada occidental del Mediterráneo, España disfrutaría de las mismas ventajas, desde Algeciras, Tarifa ó Ceuta, si tuviese poderío naval para aprovechar lo que la Naturaleza le ofrece, pues con tales elementos le sería muy fácil destruir el puerto militar que allí tiene Inglaterra, que no tendría de su parte los beneficios que España podría utilizar en su provecho.

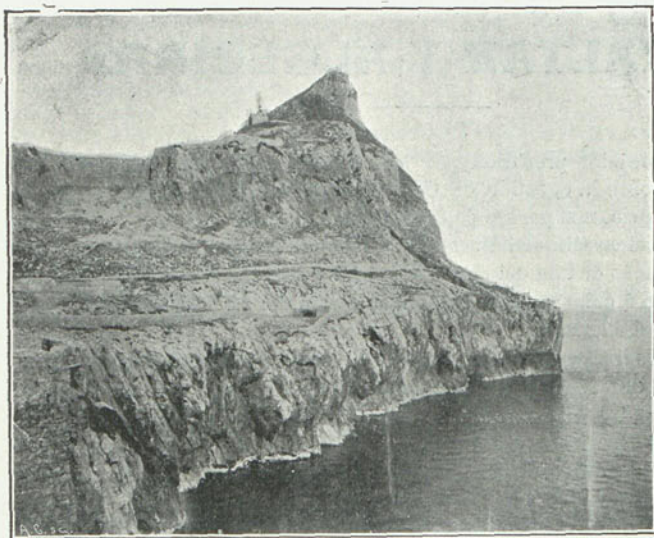
El inteligente escritor D. Genaro Alas ha publicado un notable artículo tratando de este asunto para deducir luego lo ventajoso que sería para nosotros una organización basada en la *instrucción* militar.

La poderosa Albión tiene, pues, motivo suficiente para preocuparse algo, y si su sobresalto no es lo intenso que debiera, es porque aquella Nación está plenamente convencida de que España carece hoy de elementos navales para secundar cualquier iniciativa en este sentido.

La ambiciosa Inglaterra confía sólo en su po-



Frente Norte del Peñón.



El Hacho.



Estación de señales.

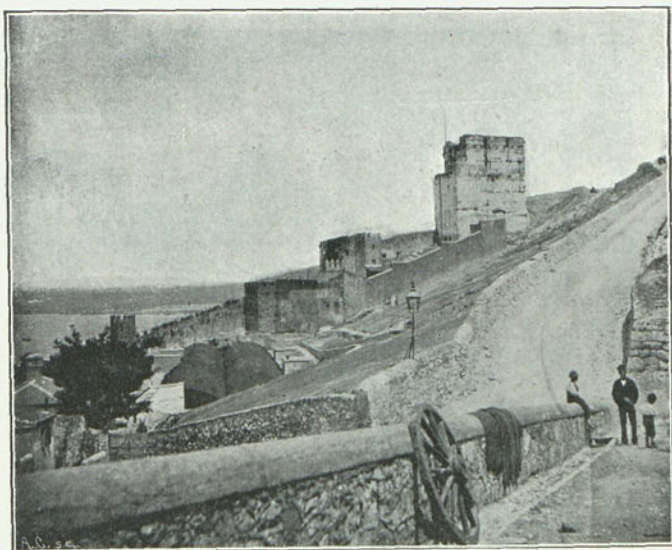
derío naval, y por esto se enorgullece de poseer hoy la llave del Estrecho, que necesariamente tienen que atravesar los buques para surcar luego los mares asiáticos.

Ya que del río de la Miel nos ocupamos, bueno es decir que se debe tan llamativo nombre. Las aguas entran con tal empuje en aquel espacio, que á poca distancia, á las puertas mismas del mar, el agua es perfectamente potable, casi dulce, lo que justifica la denominación que se le da al río.

En varios periódicos y revistas encontramos muy curio-

sos artículos, en los que sus autores toman por base la *preocupación inglesa*, y de los que nada extractamos por carecer de espacio suficiente y no estar además estos estudios dentro del carácter de nuestra publicación.

Ahora que un nuevo Gobierno viene á sustituir al que presidieron Silvela y Cánovas, veremos si somos más afortunados, y nuestras fuerzas navales llegan á tener la importancia que la nación española merece y que por sus condiciones geográficas le corresponde.



Castillo del Morro.



Río de la Miel.

Fotografías del Sr. Gázquez.



SONETO

Caigas ó no por la pasión rendida,
sirvate ó no el deber para salvarte,
hagas ó no que tu desdén me aparte,
esperes ó no esperes decidida.

De mi amante memoria perseguida
no podrás, aunque quieras, alejarte:
donde estés, donde vayas, has de hallarte
vencedora jamás, siempre vencida.

Conozco que tu orgullo te espolea
y sin huir, proclamas que eres fuerte
resistiendo tenaz en la pelea.

¡Orgullo de mujer que no te advierte
que es algo que á la luz revolotea,
y en el foco de luz está la muerte!

Vicente Casanova.

MORETO

*¡Ves á ese caballero galán, que silbando se
pasa por la sala, sosteniéndose, ya sobre un
pie, ya sobre el otro? Pues es DON AGUSTÍN
MORETO, poeta mozo, que muestra gran talen-
to, pero á quien los aduladores y los ignoran-
tes le han llenado los cascos de vanidad.*

*(Le Sage.—Aventuras de Gil Blas de Santi-
llana.—Libro VII, capítulo XIII.)*

Nació en Madrid el autor
que es asunto de estos versos;
fué bautizado en la Iglesia
de San Ginés, mil seiscientos
diez y ocho, y en la misma
pila en que lo fué Quevedo.
Alcanzó joven el grado
de licenciado en derecho,
que en Alcalá cursó leyes
con gran aprovechamiento.
Calderón, entonces mozo,
y entonces también maestro,
le presentó al Rey Felipe,
que deseó conocerlo;
y con aquel dramaturgo,
de nombre Imperecedero,
y con Vélez de Guevara,
escritor de raro ingenio,
improvisó una comedia,
del Rey por encargo expreso,
el cual quería olvidarse
de amores que le trajeron
desengaños para el alma
y engaños para su cuerpo.
Fué *La Creación del Mundo*,
tema por el Rey impuesto.
Nuestro poeta hizo de Abel;
Guevara, de Padre Eterno;
Calderón, de Adán: se ignora
si con ropaje ó en cueros,
que la historia en este punto,
calla lo mismo que un muerto.

Escribió ciento tres obras
de asuntos propios y ajenos,
pero en unos y otros brilla
su hermosísimo talento.
Las más notables, aquellas
que pueden servir de ejemplo
de buen gusto, de donaire,
de cultura y de gracejo,
son: *Los jueces de Castilla*,
El valiente justiciero,
El desdén con el desdén,
que con *El lindo don Diego*,
la crítica más graciosa
de los pollos de aquel tiempo;
El licenciado vidriera,
de ingeniosísimo enredo;
El parecido en la corte,
de interesante argumento,
y *El mejor amigo el Rey*
que premia al vasallo bueno,
forman el rico teatro
de don Agustín Moreto,
del español noble, orgullo,
envidia del extranjero.

Fué don Agustín galán,
fué valiente, fué discreto;
de las casadas, zozobra;
de los maridos, recelo.
Diz que mató en desafío,
estando en el *Mentidero*,
á Baltasar Medinilla;
pero no pudo ser cierto,
porque Moreto contaba,

á la sazón del suceso
dos años, y en esa edad
nadie maneja el acero.
Yo no sé si harto de carne,
ó por arrepentimientos,
se hizo sacerdote y fué

legó á los pobres sus bienes,
que siempre fué limosnero.
Y por más que de su rostro
no quedó retrato auténtico,
nos le dejó de su alma
en los partos de su ingenio;



de virtudes alto ejemplo,
sorprendiéndole la muerte
en el año mil seiscientos
diez y nueve, á veintiocho
del mes de Octubre, en Toledo,
y según dicen las crónicas,
cuando se hallaba escribiendo
Santa Rosa del Perú,
drama histórico y en verso,
al que dió remate digno
don Francisco L. Sagredo.
Ante Cristóbal Ramírez
otorgó su testamento;

puédiéndose deducir,
sin que padezcamos yerro,
que fué noble en el pensar;
en el proceder, severo;
en la ejecución, activo;
en el lenguaje, correcto.

Y por estas cualidades,
dones preciosos del cielo,
merece que todo el mundo
guarde vivo su recuerdo,
y se descubra ante el nombre
de DON AGUSTÍN MORETO.

Tomás Luceño.

SIGFRIDO

Siegfried (Sigfrido) es el héroe, por excelencia, de las tradiciones y leyendas del Norte. La mitología llegó á hacer de él un dios; la epopeya, el héroe más esforzado del mundo. Sigfrido simboliza el valor, la juventud, la primavera; es el sol de Abril que despierta á la Tierra dormida, con sublime y fecundo beso; así despierta Sigfrido á la Walkyria.

Wagner, con su genio teatral, sabe encontrar la relación que existe entre las diferentes tradiciones germano-escandinavas, y las une poderosamente en la acción de la Tetralogía. En *Sigfrido*, vemos la formación del héroe, por decirlo así. La música y el poema respiran un fresco ambiente de alegría impetuosa y juvenil.

Sigfrido es hijo de Sigmundo y Siglinda, los héroes de *La Walkyria*; antes de que Wotan castigara á Brunnhilda, ésta, hizo huir á Siglinda á los bosques, para que allí diese á luz el fruto de sus amores; la infortunada mujer se refugió en la Cueva del Nibelungo Mime, y allí espiró al nacer Siegfried, á quien legó por toda herencia los pedazos de la espada de Sigmundo.

Al correrse el telón, aparece una fragua primitiva en el interior de una caverna. El astuto Mime trata inútilmente de forjar espadas para Siegfried, con objeto de que éste mate al gigante que posee el anillo y los tesoros de los nibelungos. Siegfried rompe todas las armas al probarlas.

Las escenas del primer acto tienen gran animación: Sigfrido pregunta al

gnomo quiénes son sus padres (y la orquesta recuerda los temas de Siglinda, con la dulzura de una caricia maternal), obligándole á confesar la triste historia de su nacimiento. El héroe, lleno de alegría al ver que no es su

padre aquel repugnante enano, dice que le forje inmediatamente los fragmentos de la famosa espada; Mime queda solo pensando en lo ocurrido; todo su arte es impotente para unir aquellos fragmentos; ¿cómo hacerlo? Entonces empieza una escena curiosa. Bajo el aspecto de un extraño viajero, aparece el dios Wotan; desde que abdicó en *La Walkyria*, ya no dirige el mundo sin que vaya inquieto, presenciando los hechos y esperando el fin de las cosas. El diálogo entre Wotan y Mime tiene sabor legendario; bajo la forma de enigmas y en pago de hospitalidad, propónense los personajes preguntas, cuya contestación sirve para unir la acción de *Sigfrido* con la de los anteriores dramas de la Tetralogía. Mime pierde al fin la apuesta, pues no sabe contestar á la pregunta:

¿quién forjará la espada? El precio de la apuesta es la cabeza, y el enano queda aterrado cuando oye decir al viajero que se aleja: «sólo forjará la espada quien no sepa lo que es miedo; á él entrego tu cabeza»; con lo cual indica que Sigfrido será el vencedor del dragón. Mime, lleno de terror, cree que ya viene el dragón á devorarlo, sin que esté allí Siegfried. Pero quien sale es el héroe, quien pregunta en vano por su espada. Mime promete al jo-



Sigfrido, Sr. Burgstalls.

ven enseñarle una cosa nueva: lo que es miedo, y para ello le llevará á la cueva del dragón.

El acto termina con una hermosísima escena: desdeñando Sigfrido los viejos procelimientos del gnomo, en vez de soldar, forja al temple la espada; los trozos, unidos al fin, la blande victorioso el héroe, y dando un formidable golpe sobre el yunque del gnomo, lo parte en dos pedazos. El telón cae á los sonos de la heroica alegría de Sigfrido.

El acto segundo sucede en un bosque intrincadísimo, junto á la cueva del dragón. El nibelungo Alberich, el que maldijo el amor por el poder y destruyó el anillo fatal, vigila aquellos lugares con la esperanza de recuperar su tesoro. El viajero viene á pre-enciar los hechos, y así lo dice al terrible enano. Pero he aquí que sale Sigfrido acompañado de Mime; allí esperará al dragón y sabrá lo que es miedo. El joven queda solo y empieza la maravillosa escena conocida en los conciertos (en extracto), con el nombre de *murmillos de la selva*.

El amor de la Naturaleza, despierta en el alma del joven anhelos desconocidos, deseo de expansión; ¿cómo sería su madre? se pregunta el héroe. La orquesta, entre mil tenues rumores, recuerda los motivos dulces del amor de Sigfrido. El canto de un ave distrae al adolescente; quiere hablar con aquel compañero, imitar su voz; en vano se corta una flauta de caña, pues no puede hacerlo. Despechado, emboca su cuerno de caza y á sus ecos aparece el dragón. El combate es horrible, pero el monstruo es vencido; su sangre, que involuntariamente chupa Sigfrido, hace inteligible la voz de las aves. Ahora, la voz del ave, es una voz que *canta con palabras* y advierte la existencia del anillo y el casco mágico. Sigfrido p netra en la cueva del dragón y los coge, como signos de su victoria; ignora su poder; en cuanto á las riquezas, las desprecia.

En tanto se disputaban afuera los dos gnomos, Alberich y Mime, el anillo; Sigfrido sale con los codiciados talismanes, y Mime quiere darle un veneno; pero conociendo el pensamiento del enano (por virtud de la sangre del dragón), mata á éste de un golpe de su espada.

Después, la voz del ave le indica dónde hallará un compañero que alegre su existencia; éste es Brunhilda. Sigfrido sigue el vuelo del ave, y termina así el acto segundo.

Comienza el tercer acto por una escena imponente. Wotan, inquieto, desea saber si el fin se aproxima, y baja á consultar con la eterna profetisa, Erda, la Tierra. Pero ésta, nada sabe ya; el orden del mundo lo ha trastornado el mismo Wotan, y el fin de los dioses y de las cosas está próximo; esta situación tiene toda la grandeza de Esquelo.

Siegfried aparece, y Wotan, por un último rasgo de orgullo y para cerciorarse de que el héroe es digno de la Walkyria, quiere impedirle el paso extendiendo su lanza, como en otra ocasión hizo con Siegmundo. Pero la espada rompe el arma del dios; el poder de Wotan cede ante la fuerza nueva; el crepúsculo de los dioses está próximo.

Las llamas inundan la escena, y Siegfried se lanza valerosamente á través del fuego. La orquesta parece seguir la marcha ascendente del héroe. Al fin se desvanece todo en una tranquila transparencia. Estamos en la cumbre de la montaña donde duerme la Walkyria.

Sigfrido queda maravillado de aquella calma. Ve un guerrero que parece dormir, y quiere librarle del escudo y del casco; la cabeza de la Walkyria causa profunda impresión en el joven. Le quita luego la coraza, y al aparecer aquel ser desconocido, hermosísimo, de que nunca tuvo idea el adolescente, experimenta éste por vez primera la turbación y el sobresalto, [poética ideal] y exclama: ¡Madre, madre, protégeme! Luego, arrastrado por impulso irresistible, besa en la boca á la joven; aquel beso la despierta.

El majestuoso saludo de Brunhilda, á la luz, es una página sublime. Después, viene la escena ideal: el reconocimiento de los dos jóvenes, sus frases de naciente pasión, las esquiveces de la virgen, sus súplicas, sus abandonos, y por

último, el éxtasis de amor que se eleva en un himno lleno de vida y de indescriptible animación, terminando el acto con esta escena incomparable.

Eduardo L. Chavarri.

Fotografía en el teatro de Wagner de Bayreuther.

DE CASA.

No es tan absorbente Madrid para España como París para Francia, ha dicho un diplomata y crítico español, refiriéndose á que en importantes capitales de provincia y aún en poblaciones de segundo orden aparecen con frecuencia en nuestra patria obras y publicaciones de verdadero interés para la cultura nacional.

La cita y recuerdo vienen muy chapadamente al comienzo de esta crónica, donde algo he de decir de un grupo de eruditos refugiado en Zaragoza, que hace tres años emprendió, en tomos manuales y bien impresos, una *Colección de estudios árabes*. Han salido ya á luz cinco volúmenes, que yo sepa, sin contar otros muchos y notables estudios que se deben á los autores ó traductores de la biblioteca que me ocupa.

Cuanto más bajo está el nivel intelectual de un país, cuanto mayor y más despegado desdén muestre por los estudios serios y de investigación, mediante los cuales ha de reconstruirse el pasado y se ha de conocer el presente, más meritorio será el esfuerzo de los que, desafiando ese desdén ó esa indiferencia, trabajan afanosos en tan provechosa materia. La civilización árabe, implantada en nuestra patria, dejó en ella gérmenes de cultura, y averiguarlos y darlos á conocer á los que se interesan por nuestro pasado es obra meritisima. Nunca han faltado aquí arabistas; pero el grupo de los que se han refugiado en Zaragoza es digno de toda consideración por los trabajos publicados en su *Colección de estudios árabes*.

Forma el primer volumen de ella un *Viaje á la Meca*, de Puey Monçon, comentado, explicado y dado á luz de un manuscrito aljamiado, por D. Mariano de Pano. Confieso que las setenta y nueve octavillas que lo forman no me hubieran interesado mucho á no venir tan bien amenizadas por las explicaciones é interpretación del señor de Pano. Con ellas el libro resulta de muy entretenida lectura y á propósito para todo género de lectores. Lo único que en el señor de Pano me disgusta es su fervor religioso y sus toques de comparación entre el mahometismo y el cristianismo. Para ir á la Meca con un árabe no hay más remedio que ir en árabe ó quedarse en casa. Algo nos identificamos siempre con el espíritu del autor que leemos, cuando el autor logra interesarnos, y aun ue terminada su lectura sigamos creyendo y sintiendo como siempre, no nos place que se nos lleve la conciencia con ronzal y sentir á cada momento los tirones del comentador.

Los volúmenes dos y tres los forman otras tantas obras de verdadera importancia histórica. Julián Ribera ha publicado en uno de ellos los *Orígenes del Justicia de Aragón*, donde se sostiene la tesis que el Justicia de Aragón, como toda la jerarquía judicial de ese pueblo, procede por imitación ó copia de la organización jurídica de los musulmanes españoles. Si en el desarrollo de este enunciado no lleva Ribera el convencimiento absoluto é indubitable en el ánimo del lector, hay que convenir que avanza mucho y que el estudio está hecho con verdadero interés y riqueza de conocimientos, ni vulgares ni despreciables.

La otra obra histórica á que nos referimos titúlase *Decadencia y desaparición de los Almoravides en España*, por D. Francisco Codera, con la cual se completa ó



se continúa, y no con desmerecimiento por parte del Sr. Codera, la importantísima obra de Dozy, que tanto ha contribuido al conocimiento de nuestra historia nacional. El librito del Sr. Codera es realmente una joya.

El cuarto volumen titúlase *El collar de perlas*, y aunque el título parece dar á la obra cierto aire de novela romántica, nada más lejos de ello; es un tratado de doctrina moral y política de fines del siglo XIV, escrito por el famoso régulo de la ilustre dinastía de los Benizeyán, Muza II, rey de Tremecen, en forma de consejos á su hijo. La obra no se había traducido nunca en lengua alguna europea, siendo el primero que en esta forma la ha dado á conocer D. Mariano Gaspar, en la precitada *Colección de estudios árabes*.

El último volumen que en ésta ha aparecido, hasta ahora, es la curiosa novela psicológica *El filósofo Autodidacto*, de Abentofail, que tradujo el desgraciado Francisco Pons Boigues y publicada el año pasado á costas de D. José María Navarro, arcediano de Almería. La obra lleva un extenso prólogo de Menéndez y Pelayo, quien no sólo da cuantas explicaciones pueda exigir el más exigente lector acerca del autor

y de la obra, sino que pone á aquél en disposición de que la lectura le resulte interesante y provechosa. Acerca de Pons y de su traducción también ha escrito Pedro Roca un interesante artículo en la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*.

El breve espacio de que puede disponerse en estas crónicas nos obligan á dar noticias apresuradas y como en cifra de los asuntos que en ellas se tratan. ¿Bastarán las escritas para denunciar al público ese grupo de arabistas, en quienes debe fijar un poco la atención toda persona que en España se preocupe por lo nuestro?

Ningún conocimiento, amistad, ni relación me liga con los arabistas de Zaragoza. He visto sus obras y las he hojeado con interés. Encargado por ARTE Y LETRAS de dar cuenta de la cultura española, es obligación mía señalar ese nido de entusiastas fervorosos que trabajan por nuestra cultura, poniendo, probablemente, el dinero encima!

Qué menos se puede hacer que decirles: Señores, ¡muchísimas gracias.

J. L. Estelrich.



LOS TRISTES

Con motivo del asunto Ubao, se ha venido á averiguar que hay en España gran número de personas tristes, que ven el mundo por el lado fúnebre y se pasan la vida diciendo á sus conocidos:

—No se divierta usted; no goce, huya usted de la sociedad. Entréguese usted á la amargura, que es lo más sano para el alma.

Hay otra clase de personas tristes, y son los que van á ver los dramas y á identificarse con la situación de los héroes.

Lo primero que hacen al tomar asiento en el teatro es preguntar al acomodador:



—Diga usted: ¿muere mucha gente en el drama de esta noche?

—Sí, señor—suele decir el interpelado;—primero muere el primer galán de un tiro por la espalda, y después muere una tía suya que ha sido para él «una segunda madre».

—¿De otro tiro?

—No, señor, de un orzuelo que se le enciona y ella al principio no hace caso, porque tiene celos del barba y no se fija en sus propios padecimientos hasta que empieza la inflamación. Y cuando llega el médico... «¡ya es tarde!»

—Bueno; no me cuente usted más, porque á mí me gusta que las desgracias me pillen desprevenido.

Al anfiteatro del Español, última fila, acude ordinariamente una viuda sensible, que ha visto *Electra* doce veces y cada noche le gusta más. Dice ella que su elemento son las lágrimas; y que si le quitaran la amargura que le producen los dramas, se moriría sin remedio.

Durante la representación, no hace más que enjugarse los ojos y lanzar suspiros ahogados, y nunca falta algún espectador compasivo que le pregunte:

—¿Le duele á usted algo?

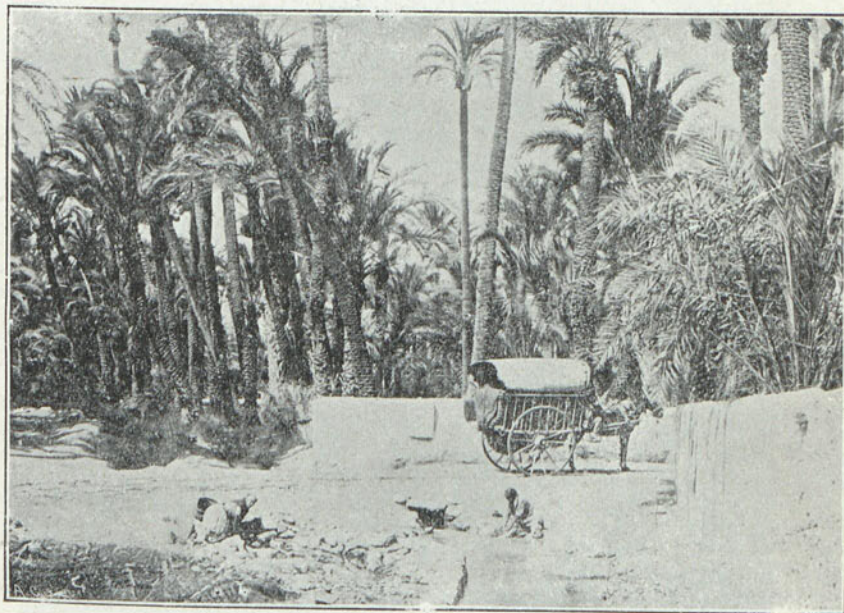


—Sí, señor, el alma; porque todo esto me recuerda lo que nos pasó en Tarragona cuando estuvo allí mi esposo empleado en Contribuciones. Nosotros tomamos un *huésped* á quien queríamos mucho, y un día desapareció con varias prendas de ropa y un acordeón de mi esposo, dejándonos escrita una carta en verso. Después supimos que había ingresado en un convento de Carmelitas calzados.

La viuda sufre, en efecto, pero no descuida las necesidades del estómago, y suele llevar, envueltos en un papel, un trozo de tortilla, ó una rodaja de merluza, ó un pedazo de embutido, que devora entre lágrimas, diciendo:

—No me gusta comer aquí; pero padezco del corazón y el médico manda que me alimente con frecuencia; por lo demás, me son indiferentes todos los manjares. Estoy comiendo este salchichón, que es legítimo de Vich, y sin embargo á mí me sabe á harina de linaza... Y es que perdido el paladar y la alegría para siempre.

Luis Taboada.



ELCHE (Alicante).



Una perla.